



6. Miguel Romero (1945-2014), revolucionario irreductible

Las revoluciones son para los pueblos como la música para Charlie Parker

Antonio Crespo Massieu

Hay preguntas que no esperan respuesta, que se abren a nuevos interrogantes. Como las que se hacía Francisco Pereña, en un hermoso texto escrito a la memoria de Miguel Romero, o más bien desde la memoria viva de su ausencia, pues de lo que allí se trata es de reanudar una conversación interrumpida; son palabras que no solo nacen de “la genuina soledad que no se acompaña de sentido ni de esperanza” sino que asumen desde su misma enunciación, surgidas de ese silencio que es “presencia de lo indecible” (Pereña, 2014), su inevitable fracaso. Pues ninguna conversación es ya posible. Sus preguntas, las que Moro nos hacía, las que se hacía a sí mismo, siguen estando; y hablar con él, es “hablar de una ausencia, de ese lugar que se ha quedado irremediabilmente vacío y que debe permanecer desocupado para que el recuerdo pueda allí anidar”¹.

¹/ Palabras de Daniel Bensaïd en el homenaje a otro vacío donde anida el recuerdo: el de Lucía González (Bensaïd, 2001, p. 111).

“Por un lado la militancia política y su idea de la fraternidad y la revolución. Y por otro la cultura, el espacio de belleza, libertad y plenitud sin el que no es posible la esperanza”

Pero, a pesar de todo, nos volvemos a hacer las preguntas que él se hacía. Y hablar al recuerdo es, de algún modo, traerlo al presente; como si él pudiera estar de nuevo entre nosotros y nos respondiera, eso sí, con nuevas preguntas. Preguntas entre amigos.

De las que allí se formulan creo que casi todas remiten a la que aquí más nos interesa. La que nace de la tensión entre la militancia política y la lucidez de la crítica y el libre pensamiento. Desde la tarea colectiva, asumiendo el peso de la ideología:

“¿no existe el riesgo de que la solidaridad revolucionaria conduzca al fanatismo?”. Y Pereña evoca la “inocencia” de su compartida y juvenil militancia en el FLP donde lo único que les unía era “una posición radical, no dogmática, digamos poco legislada, pues no teníamos un origen anterior a la misma lucha contra la dictadura franquista”. El camino elegido por Miguel, y por otros compañeros y compañeras, fue el de romper con esa inocencia, esa indeterminación, para asumir una herencia: la del marxismo revolucionario y la propia tradición de la Revolución española. La necesidad de una filiación, de un pasado. ¿Y cómo mantener entonces esa libertad dentro de una tradición, que si bien heterodoxa no estaba precisamente “poco legislada”? Y entonces la pregunta: “¿no estaba él preso de esa sensibilidad dividida entre el sentir y la ideología?”. Lo que pretendemos no es dar una respuesta, es apuntar tan solo una posible explicación que, en todo caso, nos diría algo de cómo él supo vivir esa tensión. Atendiendo a dos aspectos, que en él no es nada fácil separar. Por un lado la militancia política y su idea de la fraternidad y la revolución. Y por otro la cultura, el espacio de belleza, libertad y plenitud sin el que no es posible la esperanza.

Que diera raíces y sentido a nuestra acción

Recomponer el hilo roto de lo discontinuo, lo quebrado por la historia, lo sepultado en el olvido, lo tergiversado por el estalinismo; esa fue la difícil opción colectiva de aquellos jóvenes que fundaron la Liga Comunista Revolucionaria. Esa necesaria fidelidad a los derrotados era, en nuestro caso, recuperar una memoria doblemente sepultada: por la dictadura y por el que parecía ser el único relato posible de los vencidos, el que había decretado el estalinismo. Una adhesión a la IV Internacional, y a las jóvenes generaciones que con ella habían confluído en el 68, que tenía muy poco de dogmática. En palabras de Miguel: “No buscábamos una doctrina, sino una corriente marxista militante que diera raíces y sentido a nuestra acción”. Y añade para referirse a la IV del inmediato post 68: “esta amalgama constituía más una cultura que una teoría, una ideología, un programa (...) este “bagaje” [se refiere al contenido programático] lo recibíamos, para bien y a veces para mal, de una

forma cultural, más que doctrinal, lo cual se correspondía muy bien con el tipo de organización que éramos: activista, empírica, determinada por la clandestinidad...”. Y entre los aspectos positivos señala que “esta cultura dejaba un amplio espacio para la elaboración propia de ideas”, lo cual permitió recuperar el legado de Andreu Nin y del POUM, superando críticamente los escritos de Trostky sobre la Revolución española. Había pues una posibilidad real de articular, en el seno de la tradición del marxismo revolucionario, del trostkismo de la IV, esa doble lealtad que tan difícil es ejercer en el día a día de la práctica militante: encontrar las raíces, ser capaces de asumir el peso de una herencia libremente elegida y a la vez pensar y actuar con libertad, no refugiarse en el dogma, la doctrina, las respuestas ya elaboradas. Vivir en la fidelidad a la herencia recibida y reconocer así algún tipo de paternidad y a la vez no renunciar a la necesaria rebeldía frente al padre. Pues la tensión existía y “esa cultura estaba también imbuida por los mitos y hábitos sectarios y doctrinarios” (2007, pp. 100-102)/2.

Había también, en el aspecto positivo, la importancia concedida a la cultura como espacio de libertad. Y esto era un elemento diferencial, no precisamente menor, frente al estalinismo aferrado al dogma del “realismo socialista”, con su visión policiaca del arte y de la historia. La defensa de la autonomía del arte, de su libertad, “la independencia total para el arte, el cual debe escapar a toda consigna” que Trostky y Breton expresaron en 1938 en el “Manifiesto por un arte independiente” (Trostky, 1969), esta tradición permitía un acercamiento libre a las más diversas manifestaciones de la cultura.

Por lo demás vivíamos en un país en el que la cultura era, en muchas ocasiones, el primer paso para la militancia política. Frente a esta cultura que, por el hecho de serlo, era sinónimo de antifranquismo podía adoptarse una actitud de instrumentalización al servicio de la política de Reconciliación Nacional del PCE, en la que “las fuerzas de la cultura” eran, sobre todo, útiles en cuanto pudieran firmar manifiestos o ayudar en la lucha por las libertades democráticas. O bien las dogmáticas exclusiones de los autores considerados “burgueses” que practicaban los grupos de las corrientes maoístas, para los que el arte era solo válido en la medida en que estaba al servicio de la revolución, pero en todos ellos había similar desprecio a la “cultura burguesa” y adscripción al realismo socialista. Las bases teóricas de esta miseria política y cultural podían ser más o menos burdas: desde los manuales de la Academia de Ciencias de Moscú a lecturas del Lukács de *El asalto a la razón* o, rizando el rizo de lo sofisticado y más *à la page*, aderezarse con citas de textos de Althusser.

La cultura política de la Liga era otra, no es que en aquellos años el debate sobre estos temas ocupara un lugar importante pero había, en este terreno,

2/ Las citas de trabajos de Miguel Romero, para simplificar, aparecerán solo con fecha de edición y página, remitiendo a la bibliografía. Cuando citemos de un mismo artículo, la referencia irá al final.

quizá más que en ningún otro, una enorme libertad, la ausencia radical de cualquier censura y el respeto por las más diversas tendencias artísticas. Un clima muy saludable de anárquica frecuentación de la cultura; en cierto modo la lucha por la libertad en el arte, como la lucha por las libertades democráticas, se entendía unida a la lucha por el socialismo; la revolución con la que soñábamos era también una revolución en el arte y en nuestras propias vidas. Las novelas, las obras de teatro, las películas que leíamos o veíamos nos dibujaban un horizonte que alimentaba nuestra esperanza y confundíamos con el mundo nuevo por el que merecía la pena luchar. Nada original, pues era volver a los surrealistas: transformar el mundo, cambiar la vida. Y en esa transformación y ese cambio, el arte, y no desdenábamos el llamado “arte burgués”, desempeñaba un papel fundamental. De aquellos primeros años de la Liga hay una anécdota que bien puede elevarse a categoría: una simpatizante de la Facultad de Letras decía: “me acerco a vosotros porque, además de todo, puedo seguir leyendo a Proust, sin sentirme criticada”.

Era el reconocimiento del instante sin tiempo, el fulgor que vive en la obra de arte. Era su estricta necesidad; la expresión de un mundo de afectos, vínculos, de belleza y plenitud, el rescate de la historia, las tramas de los olvidados tejidas desde la denuncia cruel, la libertad, el amor, el humor, el deseo, lo prohibido. Y todo ello, y mucho más que aquí no se dice pero está (en Tolstoi o Truffaut, en Becket o Hitchcock, en Homero o Renoir, en Rossellini, Visconti, Pasolini o en Baroja, en Marsé, en Dostoyevski, en John Ford o John Huston...) era, es, necesario para hacer de la militancia una expresión de vida. Y esta apertura al otro, a lo otro, a múltiples visiones del mundo hacen posible una práctica política abierta, que escucha y tiende vínculos, solidaridades. En Miguel Romero nada separaba la militancia política de la cultura (y puede que esto sea excepcional o al menos muy infrecuente), no se excluían, se exigían mutuamente. Citando a Daniel Bensaid nos recordaba: “En la pluralidad de los tiempos y de los espacios, el espacio-tiempo de la política es decisivo, pero los sentimientos, la belleza, el pensamiento tienen también sus ritmos propios que no se reducen a él. Lo interesante es circular entre esos espacios”. Y Miguel añadía: “La política revolucionaria tiene que ser una pasión, pero no debe ser la única. Es lo interesante, lo natural, lo humano; también, lo divertido” (2010, p. 87). Es significativo que la cita que eligiera para abrir el n.º 1 de *VIENTO SUR* (y nombrar la revista, es decir, uno de sus más tenaces y queridos empeños) fuera esta de Walter Benjamin:

La lucha de clases, que no puede escapársele de vista a un historiador educado en Marx, es una lucha por las cosas ásperas y materiales sin las que no existen las finas y espirituales. A pesar de ello estas últimas están presentes en la lucha de clases de otra manera a como nos representaríamos un botín que le cabe en suerte al vencedor. Están vivas en ella como confianza, como coraje, como humor, como astucia, como denuedo, y actúan retroactivamente en la lejanía de los tiempos. Acaban por poner en cuestión toda nueva victoria que logren los que dominan (2009, p. 3).

Es este el lugar que para Miguel ocupaba la cultura: no un botín, una apropiación, la instrumentalización de algo en definitiva ajeno o, en el mejor de los casos, periférico a la lucha política; era un aspecto central de la lucha de clases. Pues lo que se proponía desde *VIENTO SUR*, lo recuerda en la introducción al n.º 100 de la revista, era:

Defender el sentido de la política entendida como una acción militante articulada cuyo objetivo es combatir todas las manifestaciones del poder establecido, no solo, ni fundamentalmente respecto a las instituciones del Estado, sino a la vez en la opresión patriarcal, en la economía, la cultura, las relaciones sociales y personales, el modo de vida...

Que la corriente fluya

Esta idea de la militancia, en la que los afectos, el humor, la astucia, el tesón, la cultura, la amistad eran componente esencial de la lucha política presidió toda su vida. En el diálogo que evoca Pereña le hace decir al Moro: “¿sería posible resistir sin la solidaridad revolucionaria? ¿Cómo resistir en la soledad sin sucumbir, sin el cuidado de los demás? ¿Se puede vivir sin ese común cuidado?” (Pereña, 2014). Él, a pesar de los riesgos, hizo su elección y a ella fue fiel a lo largo de toda su vida: la militancia entendida como “lealtad hacia los desconocidos”, aquellos y aquellas que trabajan también por un mundo nuevo. Esa fraterna atención a las compañeras y los compañeros, ese “cuidado” —en el sentido más fuerte de la palabra, el que tiene en la filosofía de Heidegger— él la ejerció siempre de una manera conmovedora. Un ejemplo que lo ilustra son las palabras pronunciadas en el homenaje a Ernest Mandel. En cierto modo lo que se confronta son dos generaciones, dos épocas, dos revolucionarios ejemplares. Y nos dice que Mandel fue un hombre de respuestas en un tiempo de preguntas, de referencias estables, de “certezas”, que creía en el carácter científico de las tesis que mantenía, que en el marxismo no veía “conflicto sino armonía entre ciencia y programa, entre la razón y la pasión, el conocimiento social y la motivación moral”. Están las diferencias. Las certezas del marxista clásico y las incertezas, las dudas, la búsqueda de lo abierto. Si Mandel habla de “programa” Miguel nos dice: “otros preferimos llamarlo de una manera no codificada: compromiso militante, por ejemplo” y termina definiendo a la IV como “una corriente en la que se puede trabajar, y a la que se puede pertenecer de muy distintas maneras, con la que, incluso, se puede compartir solo una parte de las ideas y en cambio marchar a gusto juntos en el camino de la solidaridad internacional”. Y él mismo añade (y no es difícil ver la confianza y el humor del que hablaba Walter Benjamin y que Miguel practicaba con tanta frecuencia): “Quizás a Ernest no le hubiera gustado mucho esta definición. Pero con toda seguridad habiéramos estado de acuerdo en que lo importante es que la corriente fluya”.

Que la corriente fluya, desde la discrepancia y el más profundo respeto. Y más allá de divergencias lo que importa es esto: la lealtad, el cuidado, el afecto.

“En relación a la revolución social es preciso tener la misma actitud que con relación a la vida privada: mantener la calma, ver las cosas como un todo y conservar siempre una ligera sonrisa”

to. “Hay en la obra de Ernest muchas respuestas valiosísimas junto a otras que son, o me parecen, equivocadas. Su obra incluye a unas y a otras. Y todas merecen atención. Por eso voy a hablar ahora de Ernest, con respeto, con libertad, sin autocensuras, como él me enseñó que había que hacerlo entre camaradas”³ (1995, pp. 117-119). Así polemizaba Miguel, y si el debate había sido duro o pensaba que sus palabras podían haber herido no era extraño que fuera él el que, al finalizar la reunión, se acercara y gastara algunas bromas: para que la corriente fluya.

Un compromiso sin certezas

La perspectiva que da sentido a esta experiencia militante es esa palabra, durante años proscrita a las catacumbas de la posmodernidad, que es en sí misma, no una respuesta, sino una pregunta: la revolución. Una revolución que de nuevo llama a la puerta, el texto es de 2001, y que “es ahora intempestiva, incómoda”, porque es tiempo de preguntas y no de respuestas y la revolución sólo puede aparecer “como una conclusión política de nuestra propia experiencia; solo así la perspectiva revolucionaria podrá ganarse el derecho a la vida dentro de un movimiento que desconfía de los grandes discursos... y también de las organizaciones construidas en base a ellos” (2001, p. 96). Hay, también aquí, un despojamiento de todo apriorismo, las “certezas científicas” que han impregnado incluso un marxismo heterodoxo, para situarse en el terreno, resbaladizo, inquietante como todo lo vivo, lo no codificado, de “un compromiso sin certezas”, de ir creando en la acción vínculos con las nuevas formas de rechazo y movilización; de ir “enramando y desanudando” para avanzar hacia ese horizonte que llamamos revolución. Hay “la pasión del descreimiento”, “un compromiso sin certezas” “una lenta impaciencia” (2011, pp. 63-84) que, sin embargo, no cede nunca al desánimo y distingue entre la derrota y el fracaso: “La derrota puede ser, y es frecuentemente, la conclusión de unas lucha necesaria; la tarea es entonces cómo continuar. El fracaso llega cuando se considera que la lucha fue un error o que ya no tiene sentido; la consecuencia general es la desmoralización o el abandono” (2007, p. 109). Y, junto a esta fidelidad, hay en sus escritos constantes apelaciones a buscar “coincidencias”, “puentes”, espacios comunes para debatir. Y un rechazo al instante de lo legislado. Y así escribe: “Está claro que no tenemos puntos de referencia sociales o políticos con autoridad. Francamente, mejor así hasta no saber qué clase de

³/ En “La misión del enlace” desarrolla las ideas esbozadas en este primer texto sobre Mandel, v. bibliografía.

autoridad necesitamos, si es que se necesita algo que responda a ese nombre”. Pero este rechazo se inserta de inmediato en una llamada a la búsqueda común, a la militancia: “si nos ponemos a ello, encontraremos a colegas que, en lugares lejanos o ahí al lado, comparten en todo o en parte dudas y esperanzas parecidas a estas” (2001, p. 98). Rechazo de la autoridad y búsqueda que tiene mucho que ver con esa aspiración a que el marxismo revolucionario y el anarquismo vuelvan a encontrarse: “porque el ADN del movimiento obrero, como el del genoma humano, está constituido por dos hélices, y para que haya vida tienen que estar entrelazadas, próximas, comunicadas... convencidas de que solo tienen sentido si actúan juntas. Ojalá forme parte de la poesía del futuro” (2011, p. 83).

Una ligera sonrisa

Para que haya vida, para que el tiempo de los relojes se rompa algún día y sea posible el tiempo de las cerezas. Porque la revolución y su larga y activa espera, la hora del trabajo militante socavando el tiempo homogéneo del capital, es vida. Vida que fluye, que alienta en lo incierto, que alimenta la esperanza, que contiene los sueños, el fulgor del presente, la vigencia de lo pasado, lo nuevo que nos espera en el instante, la no claudicación. Miguel encabezaba uno de los textos que hemos citado con estas palabras de Rosa Luxemburg: “En relación a la revolución social es preciso tener la misma actitud que con relación a la vida privada: mantener la calma, ver las cosas como un todo y conservar siempre una ligera sonrisa”. Palabras que fueron escritas en la prisión de Breslau el 15 de noviembre de 1917, dos años antes de que Rosa, como Karl Liebknecht y otros espartaquistas, fuera asesinada por la socialdemocracia para que al fin pudiera decirse: “el orden reina en Berlín”.

Porque el tiempo de la vida se confunde con el de la revolución y con el del arte. En ellos se vive la plenitud del instante, la suspensión del tiempo, la certeza (¡al fin una certeza!) de que la belleza es posible, nos pertenece y forma parte inseparable de la vida. En el memorable trabajo que dedicó a La Comuna de París, evocando el maravilloso cuento “El perseguidor”, de Julio Cortázar, Miguel escribe: “Las revoluciones son para los pueblos como la música para Charlie Parker”. En el relato de Cortázar, Johnny Carter le dice a Bruno:

Bruno, si yo pudiera solamente vivir como en esos momentos, o como cuando estoy tocando y también el tiempo cambia... Te das cuenta lo que podría pasar en un minuto y medio. Entonces un hombre, no solamente yo sino esa, tú y todos los muchachos, podrían vivir cientos de años, si encontráramos la manera podríamos vivir mil veces más de lo que estamos viviendo por culpa de los relojes.

Y Bruno comenta: “siento que hay algo que quiere ceder en alguna parte, una luz que busca encenderse, o más bien como si fuera necesario quebrar alguna cosa, quebrarla de arriba abajo, como un tronco metiéndole una cuña y marti-

lleando hasta el final” (2011, pp. 65-66). Y así el arte, y la amistad, el amor, la fraterna camaradería, anticipan el tiempo de las cerezas en el difícil y áspero tiempo de los relojes. Revolución, música, palabra. No fueron para Miguel esferas separadas, formaban parte de la vida, la suya y la que él soñaba para todas las gentes, por la que trabajó (y disfrutó y saboreó y compartió) hasta el momento mismo de su muerte. Y eso sí, al igual que Rosa Luxemburg, conservando siempre una ligera sonrisa. A esa ligera sonrisa se aferra el recuerdo.

Y a sus palabras que dicen una de las escasas certezas (¿o es un deseo?), que iluminaron su vida. Por ejemplo estas:

Reina el tiempo homogéneo y vacío de la historia terminada, en el que nada revolucionario parece posible. Pero tiene que ser posible. En esta esperanza activa, vigilante, atenta al presente, al momento en que puede saltar o desarrollarse la lucha está, creo yo, la vitalidad de quienes no decimos adiós a la revolución, sino esperamos tozudamente darle la bienvenida (2009, p. 201).

No olvidaremos, en los tiempos de desánimo, cuando lo posible parezca lo más improbable, esta tozuda y vigilante esperanza. Pero aún menos esa ligera sonrisa que él supo conservar y ya para siempre nos acompaña.

Antonio Crespo Massieu es miembro de la Redacción de *VIENTO SUR*.

Bibliografía citada

- Benjamin, W. (1940) “Tesis de filosofía de la historia”. En W. Benjamin, *Discursos interrumpidos I*. Madrid: Taurus, 1973. Trad. de Jesús Aguirre.
- Bensaïd, D. (2001) “El giro de los vientos”. *VIENTO SUR*, 58, septiembre.
- Pereña, F. (2014) “Conversación interrumpida con Miguel Romero, el Moro”. *VIENTO SUR* web, 17/02/2014. Disponible en <http://www.vientosur.info/?article8761>.
- Romero, M. (1995) “Un hombre de respuestas en un tiempo de preguntas”. *VIENTO SUR*, 23.
- (2001) “El regreso”. *VIENTO SUR*, 58.
- (2005) “La misión del enlace”. *VIENTO SUR*, 82.
- (2007) “El trotskismo de la Liga”. En D. Bensaïd. *Trotskyismos*. Barcelona: El Viejo Topo.
- (2009) “¿Adiós a la revolución?”. *VIENTO SUR*, 100.
- (2010) “Política de Daniel Bensaïd”. *VIENTO SUR*, 110.
- (2011) “Marx y la Comuna. El tiempo del reloj y el tiempo de las cerezas”. *VIENTO SUR*, 118.
- Trotsky, L. (1969) *Literatura y revolución*, 2. París: Ruedo Ibérico.